

El señor Pip (fragmento)

Lloyd Jones

Con *Grandes esperanzas* de Charles Dickens, como una suerte de leit motiv, esta conmovedora novela, *El señor Pip* del neozelandés Lloyd Jones, propone a sus lectores grandes y pequeñas experiencias sobre la existencia, el aprendizaje, y la literatura como parte inseparable de la vida, aun en medio de las catástrofes colectivas.

Nadie está más atrapado que el único blanco que vive entre negros. El señor Watts era otra persona a quien consideraba atrapada. Él nos había dado a Pip, y yo había llegado a conocer a aquel muchacho como si fuera de carne y hueso y pudiera sentir su aliento en mi mejilla. Había aprendido a penetrar en el alma de otro. Intenté hacer lo mismo con el señor Watts.

Observaba su cara y escuchaba su voz e intentaba entender los engranajes de su cerebro, de sus pensamientos. ¿Qué pensaba el señor Watts cuando nuestros padres y nuestras madres, nuestros tíos y nuestras tías, y a veces un hermano o una hermana mayor venían a compartir con la clase lo que sabían del mundo? Le gustaba colocarse a un lado mientras el visitante exponía su historia, anécdota o teoría.

Siempre buscábamos en la expresión del señor Watts una señal de que estábamos oyendo disparates. Pero esa señal nunca apareció. Su rostro traslucía un respetuoso interés, incluso cuando la abuela de Daniel, encorvada y vieja, apoyada en

sus bastones, contempló a los alumnos con sus ojos debilitados.

—Hay un sitio que se llama Egipto —dijo—. No sé nada de ese sitio. Ojalá pudiera hablaros de Egipto, niños. Perdonadme por no saber más. Pero si queréis escuchar, os contaré cuanto sé sobre el color azul.

Así pues, la oímos hablar del color azul.

—El azul es el color del Pacífico. Es el aire que respiramos. El azul es el espacio vacío entre el aire y todas las cosas, como las palmeras y los tejados de hierro. De no ser por el azul, no veríamos a los murciélagos de la fruta. Gracias, Dios, por darnos el color azul.

“Es sorprendente dónde aparece el color azul —prosiguió la abuela de Daniel—. Buscad y lo encontraréis. Encontraréis el azul despuntando en las grietas del mueble de Kieta. ¿Y sabéis qué intenta hacer? Intenta llegar a las tripas apestosas de los pescados, para llevárselas de vuelta a casa. Si el azul fuese un animal o una planta o un pájaro, sería una gaviota. Mete su pico pegajoso en todas partes.

“El azul también tiene poderes mágicos —aseguró—. Mirad un arrecife y decidme si miento. El azul embiste contra un arrecife, ¿y qué color se desprende? ¡El blanco! ¿Y cómo lo consigue?

Miramos al señor Watts en espera de una explicación, pero él fingió no adver-

tir nuestras expresiones interrogativas. Estaba sentado en el borde de su mesa, de brazos cruzados. Todo él parecía concentrado en lo que contaba la abuela de Daniel. Uno por uno, volvimos a fijar la atención en aquella mujer anciana y menuda con la boca manchada de betel.

—Una cosa más, niños, y ya os dejo. El azul pertenece al cielo y no puede robarse; por eso los misioneros eligieron el azul para las ventanas de las primeras iglesias que construyeron aquí en la isla.

El señor Watts hizo ese gesto, ya familiar, de abrir mucho los ojos como si despertase. Se acercó a la abuela de Daniel tendiéndole la mano. La anciana le ofreció la suya para que se la sostuviese. Luego él se volvió hacia nosotros.

—Hoy hemos tenido mucha suerte. Mucha. Hemos recibido una lección práctica de que, si bien es posible que no conozcamos todo el mundo, con inteligencia podemos crear un mundo nuevo. Podemos inventarlo con las cosas que encontramos y vemos alrededor. Sólo tenemos que mirar con atención y procurar ser tan imaginativos como la abuela de Daniel. —Apoyó una mano en el hombro de la anciana—. Gracias. Se lo agradezco mucho.

La abuela de Daniel sonrió a la clase y vimos que le quedaban muy pocos dientes, y al reparar en ello entendimos por qué silbaba al hablar.

A otros que vinieron al colegio, el señor Watts tuvo que convencerlos para que hablaran de lo que sabían, que en algunos casos era muy poco.

La dueña de *Black* bajó la vista tímidamente. Y cuando habló Giselle, el señor

Watts tuvo que inclinarse hacia ella para oír lo que contaba sobre el viento.

—Algunas islas tienen nombres preciosos para los distintos vientos. Mi preferido es el viento al que llaman “delicado como una mujer”.

El tío de Gilbert, un hombre corpulento, redondo como un barril de petróleo, negro como el alquitrán de tanto faenar en el mar, vino a hablarnos de “sueños rotos”. Aseguró que el mejor sitio para encontrar un sueño roto es el muelle.

—Fijaos en todos esos peces muertos con los ojos y las bocas abiertos. No se pueden creer que no están en el mar y que nunca volverán a estar. —Se interrumpió y miró al señor Watts, como para preguntar si eso era lo que quería. El señor Watts asintió, y el tío de Gilbert prosiguió—: Por la noche, los condenados perros y gallos persiguen los sueños y los parten en dos. Lo bueno de un sueño roto es que puedes repararlo. Por cierto, los peces van al cielo. Si algún idiota os cuenta lo contrario, ni caso. —Desplazó el peso del cuerpo de un pie al otro, dirigió su mirada nerviosa hacia el señor Watts y luego otra vez hacia nosotros—. Es todo por hoy.

Nos hablaron de una isla donde los niños, sentados en una canoa de piedra, aprenden de memoria cánticos sagrados del mar. Descubrimos que hay una canción para hacer crecer un naranjo. Supimos qué canciones tenían el mismo efecto que una medicina: por ejemplo, con cierta canción, se pasa el hipo. Incluso hay canciones para curar las llagas y los forúnculos.

Aprendimos remedios, como poner hojas de lirio blanco en las llagas. Había otro arbusto cuyas largas hojas verdes iban



Performance *De-cápita*. Taller de Artes y Oficios. Antigua estación del ferrocarril. Bello, 2013. Fotografía: Sebastián Gil

bien para el dolor de oído, y las de otra planta, exprimidas y bebido su jugo, cortaban la diarrea. Con la concha del erizo de mar se hacía un caldo para detener las pérdidas en las madres primerizas.

Algunas historias ayudan a encontrar la felicidad y la verdad. Algunas te enseñan a no cometer el mismo error dos veces. Éstas instruyen. Fijémonos en el Buen Libro.

Una mujer llamada May contó que una fregata le había traído desde una isla vecina una tarjeta para felicitarle el cumpleaños. La tarjeta iba doblada dentro de

una vieja caja de dentífrico que habían pegado con cinta adhesiva bajo el ala del ave. Ella cumplía ocho años y el gran pájaro parecía saberlo, porque, según contó, permaneció junto a sus padres, mirándola, mientras ella leía la nota, y cuando llegó a las palabras “Feliz cumpleaños, May”, todo el mundo aplaudió, y entonces vio sonreír al pájaro.

— Al día siguiente nos lo comimos al celebrar mi cumpleaños.

Al oírla, el señor Watts echó la cabeza hacia atrás y, con expresión horrorizada, dejó caer los brazos. Me pregunto si May se dio cuenta, porque enseguida añadió:

— El pájaro, claro, no sabía nada de esa parte.

Aun así, todos nos sentimos incómodos, porque el señor Watts se había sentido incómodo.

Una anciana, plantada ante la clase, nos ordenó a gritos:

— ¡Levantaos, holgazanes! Mover el culo y seguid a las aves marinas a la zona de pesca.

Era un cuento tradicional.

Otra mujer del grupo de oración de mi madre vino a hablarnos de los buenos modales.

— El silencio es señal de buena educación — dijo —. Cuando era pequeña, el silencio era lo que quedaba cuando los condenados perros y los condenados gallos y los generadores dejaban tranquilo al mundo. La mayoría de los niños no sabíamos apreciarlo. A veces confundíamos el silencio con el aburrimiento, pero el silencio es bueno para muchas cosas: para dormir, para estar en comunión con Dios, para pensar en el Buen Libro.

“También os digo —añadió, señalándonos a las niñas de la clase con el dedo—: Alejaos de los chicos que maltratan el silencio. Los chicos que gritan, tienen barro en el alma. Un hombre que sabe del viento y la navegación también sabe del silencio y probablemente es más sensible a la presencia de Dios. Por lo demás, no quiero deciros, chicas, dónde debéis pescar.

Agnes Haripa inició sonriendo su charla sobre el sexo. No empezó a hablar hasta que todos le devolvimos la sonrisa. Gilbert tardó y ella esperó pacientemente, sonriéndole durante un rato hasta que el señor Watts intervino y preguntó a Gilbert si podía hacer el favor de corresponder. Para ayudarle, el señor Watts desplegó él mismo una sonrisa.

—Ah, sí,—dijo Gilbert, y la señora Haripa pudo iniciar su lección.

—Hoy quiero hablaros de lo que puede enseñarnos el lichi —anunció—. Las cosas dulces nunca están en lo externo. —Sostuvo en alto un lichi con púas para que todos lo viéramos, como si ninguno hubiese tenido jamás ante los ojos esa fruta. Conocíamos su cáscara fina y dura, que había que pelar para luego hincar los dientes en la carne de textura suave y sabor a almendra—. Pero como en el caso del lichi —prosiguió Agnes—, la dulce sonrisa de una persona no revela nada sobre su corazón. Una sonrisa puede ser un truco. Para conservar la dulzura hay que protegerse. Niñas, proteged vuestra dulzura de los niños. Fijaos en el lichi. ¿Tendría un sabor tan dulce si su fruto estuviera expuesto al sol y la lluvia y el anhelo de los perros?

Le seguimos la corriente, pues sabíamos adónde quería ir a parar.

—No, señora Haripa —respondimos a coro.

—No —confirmó—. El fruto se secaría y arrugaría. Perdería su dulzura, y por eso la parte dulce del lichi está debajo de una cáscara dura. Todo el mundo sabe que esto es así, pero casi nadie se pregunta por qué. Ahora, niños, vosotros ya lo sabéis.

Hizo otra rápida inspección de nuestros rostros. Buscaba a un alborotador, a alguien que quisiera preguntar algo. No había inconveniente en plantear preguntas siempre y cuando uno supiese qué había en la raíz de la pregunta: ¿era la pregunta un sincero intento de averiguar algo o una zancadilla? La señora Haripa era amiga de mi madre, pertenecía al mismo grupo de oración.

—Por lo visto no hay preguntas, señora Haripa —dijo el señor Watts, para gran alivio nuestro. Sin embargo, si me permite que se lo diga, su charla sobre la conservación de la inocencia me ha parecido conmovedora.

La señora Haripa lanzó una mirada penetrante al señor Watts. No estaba segura de que el blanco no estuviera tomándole el pelo. ¿Qué ocultaba esa sonrisa? ¿Era una treta de blanco? y aquellos niños conocían mejor que ella los trucos de ese hombre. ¿Por qué de pronto todos los niños sonreían así? Quizá debería haber hablado de la mandioca o de las diversas utilidades de las plumas de gallina.

Su malestar me complacía tanto, que casi pasé por alto las cejas enarcadas del señor Watts, que era la señal para que yo me pusiera en pie y agradeciera a la señora Haripa su contribución.

La clase prorrumpió en un cortés aplauso, y a continuación la señora Haripa nos saludó con un alegre gesto de asentimiento. Y nos alegramos por ella. Deseábamos que nuestros primos y nuestras madres y nuestras abuelas nos contaran cosas. No queríamos que les asustara venir a clase. Pero también nos dábamos cuenta de que la vergüenza y el miedo a hacer el ridículo estaban siempre a flor de piel, y era eso lo que mantenía a distancia a algunos. Llegaban hasta el claro antes de que la duda asaltara su corazón, pero, atenazados de repente por ésta, eran incapaces de acercarse ante la incertidumbre de si su historia del geco sería lo bastante importante para compartirla. Entonces, si alzábamos la vista a tiempo, divisábamos la espalda de alguien que huía a campo abierto hacia los árboles.

Una tía de Mabel se presentó con una esterilla tejida. Había venido para hablar de “direcciones y suerte”.

—El tejido puede revelar un par de cosas —anunció—. Mi abuela me tejió una esterilla para dormir por si me perdía en mis sueños. En ese caso, lo único que tenía que hacer era rodar por ella hasta notar una costura que sobresalía. La costura era la corriente que me arrastraría hasta casa.

“También me contó la historia de una joven que tenía en su cuerpo el conocimiento de las mareas y las corrientes marinas. Hasta había compuesto una canción sobre las distintas direcciones que puede seguir una persona. Cuando mi sobrina tuvo que ir a la casa de otra tía en Brisbane, recibió una esterilla como ésta que tengo en mis manos. Le recomendamos que cantara durante todo el camino, des-

de el aeropuerto hasta la casa. Más tarde, me enteré de que había olvidado la canción y dejado la esterilla en el retrete. En cualquier caso, su tía y sus primos habían ido a recogerla al aeropuerto.

Mi madre incluso volvió para explicarnos cosas de las que nunca la había oído hablar. El señor Watts se colocó detrás de ella. Me pareció que estaba nervioso: se removía inquieto y no podía fijar la mirada.

—A las mujeres no les permitían salir a la mar, ¡nunca! —bramó—. ¿Y por qué no? Os diré por qué, aunque es evidente hasta para la mollera más dura. Las mujeres son demasiado valiosas. Es por eso. Así que iban los hombres. Si iba una mujer, fijaos en lo que podía perderse: no nacerían niños, no habría comida en la mesa, y el ruido de la escoba al barrer se perdería para siempre. Y además la isla se moriría de hambre.

“Pero a veces, y esto he oído contárselo a mi tía Josephine, si se veía a una joven de pie en un arrecife seguir el vuelo de un ave marina, seguro que había perdido la virginidad y se le había metido en la cabeza marcharse a la ciudad de blancos más cercana. Así que, niñas, si miráis las aves marinas, hacedlo desde la playa o más vale que os andéis con cuidado.

Lloyd Jones (Nueva Zelanda, 1955) ha publicado, además de su reconocida novela *El señor Pip* (2008), de donde extraemos el presente fragmento (Barcelona: Salamandra, pp. 65-73), los libros: *Gilmore's Dairy; Splinter; Swimming to Australia, and other Stories; Biografía: An Albanian Quest; This House Has Three Walls; Book of Fame, Napoleon and the Chicken Farmer*, entre otros.